

## *El día doble cero*

Por Ana Pérez Ibañez

Se preguntaba por qué veía aviones en el cielo y por qué las personas (aparte de que todavía existían los turistas) salían a las calles pasando cerca los unos de los otros. Siempre le pareció repugnante cuando alguien se le inclinaba para hablarle o se pegaba mucho por detrás en la línea de los supermercados. Pero ahora este sentimiento de repulsión se había afincado en él, inerte y sólido como un miedo profundo. En el complejo de apartamentos donde él vivía, le alarmaba cómo otros residentes presionaban los botones del elevador con los dedos y no con los codos. Le parecía indignante. Lo mismo cuando abrían las puertas ¡Las tocaban con sus manos! *¿Se han vuelto todos idiotas?* Pensó.

Él, en cambio, si tenía que abandonar su apartamento (ocasión rara y de extrema emergencia) lo hacía enfundando su cuerpo en un *traje médico de protección desechable* (tal como los había comprado en *Google Shopping*). Cubriéndole la boca y amarrado con doble nudo sobre la nuca, portaba un pañuelo de algodón con una cuenta de 180 hilos y con una capa interna de franela. En el bolsillo izquierdo cargaba un desinfectante de manos de viaje (en un llaverito de plástico) y en el derecho, un par extra de guantes de látex. Al volver, ponía de inmediato su ropa en la lavadora, montones de detergente, ciclo: extra lavado, agua caliente a setenta y cinco grados por sesenta minutos. Quitaba sus zapatos y rociaba las suelas usando un atomizador con cloro mezclado en agua. Estaba consciente que dichas previsiones eran inútiles cuando se quiere proteger de un enemigo con un tamaño de 200 nanómetros y que viaja por el viento. De cualquier forma, exprimía la botellita que colgaba del llavero en forma de gancho y esparcía una amable cantidad de gel desinfectante, aún con sus guantes puestos. Una práctica que venía realizando desde hacía ya 67 días.

Había desarrollado todo tipo de hábitos inusuales. Últimamente le había dado por contar el tiempo que le tomaba realizar las más simples funciones, *tres segundos si algo cae al piso, veinte para lavarse las manos, quince segundos de interacción humana* (sólo cuando fuera inevitablemente necesaria) y a *tres metros de distancia, treinta segundos de aire caliente en la nariz...* Recordaba estas cifras, como letanías matemáticas, repetidas en los periódicos viejos. Mismos que había dejado de leer algunos amaneceres atrás y cuyos ejemplares se apilaban en la papelería de reciclaje, de forma asimétrica y a punto de derrumbarse. Incluso se había desinteresado por su teléfono, las noticias del internet y las recomendaciones del gobierno. Tenía días sin saber de su familia o su trabajo, la bandeja de entrada se había saturado de mensajes sin abrir. El aparateo inteligente permanecía boca abajo, muerto sin batería, perdido entre los pliegues de una cama sin tender.

Una tarde cualquiera, después de un largo periodo de confinamiento, decidió que extrañaba el mar. Tomaría una muy arriesgada y peligrosa caminata por el malecón a unos dos kilómetros de su casa, con ese mameluco traslúcido que siempre llevaba al salir. Cuando llegó a la bahía, la marea estaba considerablemente baja. Más allá del estrecho pavimentado que serpenteaba el muelle y bajando por una pendiente rocosa, se extendía un limo arenoso y con trocitos de conchas de mar. Desgraciadamente se encontró con varias personas corriendo en pantalones de yoga y con sus *iphones* atados a los antebrazos. Pendían de sus orejas unos aretitos blancos e inalámbricos que estallaban fuera de sí sonidos punzantes y rítmicos. La sola visión le hizo querer escapar lo más pronto posible.

En un impulso frenético de supervivencia y con el brinco de sus piernas, traspasó una valla enana de metal. Descendió por unos peñascos diminutos, incrustados de algas secas que simulaban arterias verdes disecadas. La rompiente del mar se había retirado tanto que era posible descender por el rompeolas y deambular en espirales sobre una playa hecha de fango. Las gaviotas se paseaban golosas husmeando por basura, entretenidas en una conversación consistente de graznidos desesperados, como gemidos

en ritual esotérico. Se detuvo al margen de estos animales ruidosos para admirar al agua que se arrojaba remota a una ribera plana y lodosa.

Escuchó de pronto la risa inexplicablemente feliz de una niña. Canturreaba en una voz distorsionada por la ventisca y la lejanía entre ambos. Se había adelantado a sus padres, quienes se divisaban, desde la perspectiva de aquel hombre, como manchas multicolores y deformes. Asustado por la pequeña que poco a poco franqueaba esa distancia tan reconfortante, se dirigió a pasos de cangrejo hasta llegar al último recinto de tierra firme. Creyó que su mensaje sería claro para la muchachilla intrusa quién le perseguía risueña. En menos de un minuto, ya la tenía merodeándole las espaldas. Aún en tiempos de insanidad colectiva, y a pesar de sus fobias particulares, tenía que ser cortés. No quiso salir corriendo en la dirección opuesta evidenciando su miedo hacia toda criatura humana. Lo mejor que se le ocurrió fue apretar fuertemente sus ojos y empequeñecerse dentro de su caparazón de vinil. Imaginó que cuando los abriera de nuevo, la niña se habría ido para siempre junto con sus padres. Le tomó por sorpresa un golpe ligero de un dedo sobre uno de sus codos. Al abrir sus párpados y mirar hacia abajo, se dio cuenta de que no era un dedo quien lo tocaba a golpecitos. Era el borde de un teléfono moderno, cuya funda transparente hipnotizaba con una cascada violeta de brillantina. Con dicho gesto, la niña le invitaba a leer de la pantalla. El hombre, incrédulo y temeroso, sostuvo el celular por unos instantes. De un fondo blanco, resaltaba el infame y festivo logotipo. Soltó una risita cómplice al ver que la segunda *O* amarilla ya no era un corazón sólido dentro de una casa verde. Ahora la doble *O* aparentaba dos ceros rectangulares con las esquinas redondeadas y partidos a la mitad; parpadeantes, rojos y urgentes como los dígitos en las alarmas de buró, cuando han sido reconectadas. Había comenzado la cuenta regresiva hacia el día número uno sin encierro.

Y ahí enganchados al filo de una roca, quedaron atrapados un par de guantes de látex, desafiando la furia del viento que los hacía levitar violentamente, infladas una a una sus falanges como si el aire se hiciera carne. Daba la ilusión de unas manos, gordas y albinas, agitándose de entre las peñas, inexplicablemente felices.